

El Militarismo DE LA AMERICA LATINA

EDWIN LIEUWEN

— “Una nueva América Latina emerge rápidamente” — éste ha sido el mensaje de muchos sociólogos hispano-americanos. El orden tradicional, bajo el cual una aristocracia terrateniente, una casta militar pretoriana y una jerarquía católica han monopolizado el poder, la riqueza, el prestigio y la influencia, se derrumba. La sociedad se encuentra en un estado de agitación; la política se ha revolucionado; la economía se ha sometido a una transformación fundamental; nuevas formas institucionales están transformando el ámbito social.

La extensión y la intensidad del cambio entre los varios países de la América Latina ha sido desigual. En un extremo está México cuyo “nuevo aspecto” impresiona a casi todos los observadores contemporáneos, mientras que su vecina Nicaragua todavía vive en el siglo diecinueve. A pesar de sus distintas identidades todos los Estados Americanos, sin embargo, han sentido los cambios fundamentales recientes en el ámbito mundial.

La Primera Guerra Mundial marcó el principio del fin del viejo sistema bajo el cual la bien establecida organización económico-social latinoamericana estaba firmemente ligada al orden estable del viejo mundo. Las resquebraaduras en el nítido sistema internacional de comercio y diplomacia producidas por el conflicto de 1914-1918 se han intensificado por las subsiguientes crisis, tales como, la

Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. A esto debe agregarse el impacto ideológico del Socialismo, el Fascismo, el Comunismo y el Nuevo Trato, todos los cuales han ayudado a apresurar el derrumbe del viejo orden.

El sentido de inseguridad resultante del colapso del sistema económico de tipo colonial por el que Latino América cambiaba sus materias primas por productos manufacturados estimularon la industrialización y la diversificación. El cambio social llegó a ser un resultado accesorio del cambio económico, pues mientras el campesinado emigraba a las fábricas y oficinas iba surgiendo una nueva clase burocrática y un obrerismo organizado. Y en cuanto estos grupos crecieron y se hicieron conscientes de su creciente fuerza política, comenzaron a desplazar a los grupos tradicionales como clase gobernadora.

El modesto objeto de este artículo es tratar de arrojar alguna luz sobre el papel que ha desempeñado la casta militar en la metamorfosis socio-política de Latino América. El enfocamiento de las fuerzas armadas es especialmente importante puesto que en la mayoría de las Repúblicas latinoamericanas esta institución clave ha sido —y aun es— el árbitro de la política. Como tal, su voz tiene resonancia en los asuntos sociales así como en los económicos.



El colapso de la autoridad española al comienzo del siglo XIX trajo consigo una era de militarismo predator en la América Latina. Los jefes de los ejércitos revolucionarios que aseguraron la independencia y reclamaban el crédito por la creación y consolidación de las nuevas repúblicas emergieron como los nuevos gobernantes. Dentro de cada nación, jefes locales —indisciplinados y ambiciosos— luchaban por el poder supremo. La política se convirtió en el juguete de los militares. Por más de una generación, república tras república estuvo sujeta a los caprichos de los oficiales políticos que gobernaban por la espada, pervertían la justicia y pillaban el tesoro. Durante la primera mitad del siglo XIX estos caudillos y sus seguidores vivieron, salvo algunas excepciones, como parásitos de la sociedad que estaban supuestos a proteger.

Una ascensión corriente ha sido la del que el militarismo representaba la más burda forma de explotación clasista. Quién no se ha familiarizado con la historieta de cómo la típica oligarquía terrateniente proveía del destino de sus hijos: el primogénito heredaba la hacienda; el brillante segundón se hacía sacerdote y el imbécil tercer hijo seguía la carrera militar. Sin embargo, nada puede

estar más lejos de la verdad. Los herederos de las élites propietarias no tenían inclinación alguna por la vida ruda de los cuarteles. Ni sentían gusto especial por arriesgar la vida en los vericuetos de la política. Tales tareas fueron dadas a los inteligentes y ambiciosos hijos de la inestable y amorfa clase media. Para éstos, la carrera de las armas les proveía de oportunidades para traspasar las arbitrarias restricciones del viejo orden social.

Las fuerzas armadas en el inicial período nacionalista eran principalmente unas hordas de hombres armados cuya lealtad dependía del mejor oficial político de una determinada localidad. Había muy poco o ningún concepto de la carrera militar como profesión. Era más bien una forma violenta de obtener el poder y compartir la riqueza y el prestigio social de que gozaba la oligarquía.

Los caudillos militares no fueron todos predadores ni igualmente malos. Un Ramón Castilla o un José Antonio Páez pueden aun considerarse progresistas si se les compara con un Juan Manuel de Rosas o un Antonio López de Santa Ana. Empero, la forma corriente del mando político hasta cerca de 1860 en la mayoría de las Repúblicas

latinoamericanas, era militarista y muy a menudo estos políticos militares eran inclinados a ser del tipo predator.

Los peores excesos de militarismo comenzaron a desaparecer de los países principales en la segunda mitad del siglo XIX, y sus gobiernos se tornaron paulatinamente más civilistas. F. García Calderón, influenciado por las teorías de Spencer, interpretaba esta transición como una inevitable evolución de la ley histórica. En vísperas de la Primera Guerra Mundial escribió: "Invariablemente encontramos la secuencia de dos períodos, uno militar y otro industrial o civil. Obtenida la independencia, el mando militarista se impone en las repúblicas. Después de un período de incierta duración la casta militar es arrojada del poder, o abdica sin violencia, y los intereses económicos se vuelven supremos. La política entonces se torna "civilista"."

Ya sea que el militarismo se haya consumido a través de sus mismos excesos, ya sea que las siguientes fuerzas civiles políticas hayan desarrollado la capacidad de sobreponerse, no puede afirmarse con certeza. Lo que sí es cierto, sin embargo, es que mucho de Latinoamérica comenzó una nueva era en la segunda mitad del siglo pasado. Las caóticas consecuencias de las prolongadas guerras de independencia comenzaron a calmarse. Se fue acumulando experiencia política, se difundió la cultura y se redujo el analfabetismo. Llegaron inmigrantes. Una fuerte corriente de capital extranjero financiaba la construcción de líneas telegráficas y de ferrocarriles. Y con las gentes, el capital y la técnica, vinieron las ideas, mientras Latinoamérica se hacía cada día más Occidental.

Un hecho concomitante era la decadencia del caudillismo militarista, — en Chile en la mitad del siglo, en la Argentina después de 1880, en Uruguay y Colombia a comienzos de este siglo. Aun en aquellos países donde el militarismo permanecía dominante, como en Ecuador, Perú y Venezuela tipos menos irresponsables tendían a ejercer el control. Y en México, Porfirio Díaz aplastó la anarquía militarista, disciplinó —por la primera vez— a las fuerzas armadas, impuso el orden —aun a expensas de la libertad— y allanó el camino para el desarrollo económico.

Era inevitable que, mientras el militarismo declinara, mientras los gobiernos fueran más estables, mientras el desarrollo económico progresara, las fuerzas armadas de Latino América se tornarían en cuerpos más profesionales, los oficiales concentrarían sus energías cada vez más en el desarrollo de las funciones militares —como opuestas a las políticas,— y los ejércitos tenderían a ser el instrumento y no los amos del estado.

El creciente profesionalismo en el cuerpo de oficiales en Latino América recibió gran ímpetu de Europa. Era parte del impacto general de occidentalización en el área. A finales del siglo XIX misiones francesas y alemanas comenzaron a introducir sus modernos métodos militares. También ayudaron a inculcar el orgullo y el espíritu profesional. A la vanguardia del profesionalismo estaba el Ejército Chileno el que invitó a una misión alemana en 1885, y Argentina muy pronto siguió el ejemplo de su vecina. A principios del siglo XX la mayoría de las naciones latinoamericanas se servían de misiones militares europeas. La influencia alemana era predominante en la parte meridional de Sur América, la francesa en el centro —particularmente en el Brasil y el Perú,— y una mezcla de ambas prevalecía en la sección septentrional de Sur América, en el Caribe y la América Central. Por supuesto, el grado de creciente profesionalismo y decadencia del militarismo estaban íntimamente relacionados no sólo a la influencia de las misiones europeas sino también a la relativa situación del desarrollo económico y estabilidad política del determinado país.

Con la gradual elevación de la carrera de las armas a una respetable profesión, mejores tipos de gentes la siguieron. Como antes, los nuevos cadetes provenían de las clases medias pero con frecuencia cada vez más creciente las retribuciones eran ahora por expertos técnicos y por desinteresados y patrióticos servicios en vez de oportunismo político y aventura institucional. Frecuentemente, las academias militares en los países más avanzados, se llenaban de los hijos serios y responsables de los crecientes grupos urbanos profesionales y comerciales.

2

Así, con el militarismo definitivamente menguante y el profesionalismo definitivamente creciente, no debe sorprender el que los escritores de la generación de García Calderón creyesen que Latinoamérica estaba al borde de terminar con la maldición del militarismo en política. Al tiempo de la Primera Guerra Mundial una fracción del área y población total estaba dominada por el militarismo y por 1928 solamente seis países latinoamericanos, conteniendo apenas el 15% de la población total, estaba gobernada por presidentes militaristas. De pronto, abruptamente, después de la depresión mundial de 1930, la tendencia fue en contrario. Ocurrió una chocante recaída en el militarismo. Por 1936, más de la mitad de los países y cerca de la mitad total de la población estaban de nuevo bajo la bota de la casta militar. Tales regímenes se mantuvieron en el poder durante gran parte de la Segunda Guerra Mundial. Luego, hacia el fin de la guerra y en

los años inmediatamente subsiguientes, el descrédito del fascismo militarista y de todas las formas de totalitarismo ayudó a provocar sus caídas en la América Latina. Hacia 1947, por ejemplo, solamente siete de veinte gobiernos (pero con cerca de la mitad de la población total) estaban dominados por presidentes militaristas. Después de la ruptura de las hostilidades de la guerra de Corea ocurrió un nuevo resurgimiento en la dominación militarista. El nivel más alto del siglo XX fue alcanzado en 1954 cuando 13 de 20 repúblicas estaban sometidas a gobiernos militaristas, todos excepto uno de los cuales originalmente llegaron al poder por medio de revueltas armadas.

¿Cuál es la razón de esta súbita resurgencia del militarismo en la política de la América Latina durante la generación pasada? Por qué tales tendencias de supresión han sido súbitamente contrariadas? La básica explicación debe buscarse en la crisis social del área en desarrollo, en

el tumulto y el trastorno resultantes del derrumbe del orden tradicional. En el caos político provocado las fuerzas armadas tuvieron que intervenir. Los verdaderos profesionales lo hicieron en nombre de su legítima obligación de preservar el orden interno; los militaristas lo hicieron motivados por el oportunismo político. Además, un tercer grupo de idealistas militares, —hombres determinados a asegurar la justicia social por la fuerza— competían con los otros dos.

En los últimos cinco años, una fuerte tendencia antimilitarista existe en Latinoamérica, ya que en este período nueve países han cambiado su gobierno militar por civil, y muchas almas optimistas, liberales y democráticas llegaron a creer que era cuestión de poco tiempo para que

toda Latino América se viera libre de la rémora del militarismo.

Conviene a científicos e historiadores ser más prudentes al tratar de las realidades políticas contemporáneas de Latino América. Primero, debe tomarse en cuenta que la reciente tendencia a apartarse de los presidentes en uniforme no significa necesariamente que la importancia político-social de las fuerzas armadas se hayan reducido en proporción. Antes por el contrario, las fuerzas armadas de Latino América continúan desempeñando un papel político importante en catorce de las veinte repúblicas. Además, un examen de la historia revela que la actual corriente de dictadura militar no es sino un fenómeno cíclico y que hay indicios de una tendencia hacia un largo período secular de gobiernos civiles.

3

Es muy peligroso generalizar sobre el todo de Latino América, o aun de una parte de ella, pues el papel contemporáneo de lo militar no es idéntico en dos países. En un extremo está Costa Rica, que ha abolido su ejército. En el otro está la República Dominicana con su dictadura militar absolutista. Entre las dos existen dieciocho grados diferentes.

Es posible, sin embargo, agrupar las naciones en categorías políticas. Las veinte repúblicas pueden dividirse en tres grupos, cada uno de los cuales absorbe cerca de un tercio del número total. En un grupo las fuerzas armadas dominan la política; en otro, se mantienen al margen de toda actividad política; en un tercero, pasan por un período de transición. En los grupos políticos y apolíticos, el papel de las fuerzas armadas está bien definido y estable. En el grupo transicional existe una lucha entre los oficiales que desean manejar el gobierno y aquellos que desean mantenerse alejados. Tanto en el grupo político como en el transicional los militares ejercen una profunda influencia sobre el problema del cambio y reforma social; en el grupo apolítico las fuerzas armadas afectan muy poco, si algo, el problema social.

Los países en los cuales las fuerzas armadas que, tradicionalmente y en último análisis, dominan la política, son: la República Dominicana, Nicaragua, Paraguay, El Salvador, Haití, Honduras y quizás Panamá. Estos siete países son todos pequeños, y combinados abarcan solamente el 8% de la población y el 4% del área total de Latino América.

Todos los siete tienen climas tropicales, poblaciones racialmente heterogéneas, alta proporción de analfabetismo, baja renta per cápita, y economía agrícola primitiva. Son las más atrasadas, las más subdesarrolladas naciones de Latino América. Sus estructuras sociales se caracterizan por un alto grado de estratificación. La tierra y otras formas de riqueza están concentradas en unas pocas manos; la clase media es relativamente pequeña y la gran masa, políticamente inerte, de la población vegeta a un nivel de subsistencia muy bajo. Las agitaciones populares revolucionarias del siglo veinte por las cuales el resto de Latino América ha sido profundamente afectado apenas si se han sentido en estos siete países. Tales son las con-

diciones ambientales en las que el materialismo irresponsable medra, y este mismo militarismo, por sus actividades predatorias, a su vez ahonda los depresivos rasgos del medio social y económico en el que opera.

En dos de los siete países de este grupo el anticuado "caudillismo" todavía prospera. El tipo más primitivo se encontraba, hasta hace poco, en la República Dominicana, pero el *modus operandi* de la familia Somoza en Nicaragua no está muy lejos de él. Los otros cinco países de este grupo son un poco menos primitivos políticamente. Ellos están menos viciados en el sentido que sus regímenes militares no son tan exclusivamente personalistas. Los países que manejan no son propiedades de familia. Sus presidentes tienen que apoyarse para su supervivencia en el sólido respaldo institucional de las fuerzas armadas. Dos de los cinco restantes —Paraguay y El Salvador— tienen gobiernos militares, pero todos son esencialmente repúblicas militarizadas. El régimen militar llegó a su fin en Honduras en 1957 y en Panamá en 1955, mientras que en Haití el control militar de las provincias ha sido exclusivo desde 1950, a pesar de las elecciones de 1957 que le dieron el poder a un presidente civil, pero las fuerzas armadas de las cinco naciones son como la Guardia Imperial Romana. Intermitentemente y abiertamente asumen el poder por el bien de la institución. Estos modernos pretorianos, como sus antepasados, no se identifican a sí mismos con clase alguna en particular y carecen de una discernible filosofía social. Sin embargo, son fuerzas conservadoras en cuanto insisten en el orden, previniendo así que elementos reformistas provoquen la inestabilidad política. Invariablemente reaccionan negativamente cuando se les amenaza sus intereses creados o su papel de arbitros políticos. Se muestran, a veces, anuentes a permitir que un civil ocupe el sillón presidencial con tal que no haga cambios perturbadores.

El segundo grupo de países, o sea, aquel en que las fuerzas armadas están en transición de cuerpos políticos a cuerpos apolíticos, incluyen: Guatemala, Venezuela, Perú, Ecuador, Argentina y Brasil. Estos seis países abarcan más del 60% de la población y más del 70% del territorio y una gran masa de sus recursos naturales.

En este grupo de países existe una muy seria crisis.

En cada agitación revolucionaria de este siglo, las demandas de abajo por la emancipación política, económica y social se han sentido profundamente. En todos ellos, excepto en el Perú, elementos militares reformistas, en una época u otra, después de 1930, se aliaron con fuerzas resurgentes populares, o se lanzaron a exitosas revoluciones y respaldaron programas de reformas fundamentales. Bajo presión de los contra-ataques y alarma derechista, sin embargo, las fuerzas armadas han virado políticamente en años recientes hacia la derecha, y detenido la evolución política laboral-izquierdista del Ecuador en 1947, en el Perú y Venezuela en 1948, en el Brasil y Guatemala en 1954 y en la Argentina en 1955. En todos estos casos las fuerzas armadas se han retirado de las abiertas actividades políticas, pero en todos los seis las figuras de los militares se destacan visiblemente en el trasfondo. Esto sucede porque la revolución social, aun incompleta, amenaza con aparecer de nuevo. El resultado es que las fuerzas armadas están divididas en tres direcciones. Un grupo de oficiales desea intervenir en política para mantener una acción retenedora con la que resistir la evolución laboral-izquierdista o al menos retardarla. Un segundo grupo desea dejar la política a los civiles. Algunos miembros de este grupo son profesionales dedicados; otros, desilusionados del fracaso de los hombres en uniforme para resolver la crisis social simplemente desean evadir la política enteramente. El tercer grupo, por ahora en eclipse en todas partes, está formado de oficiales jóvenes que aguardan la oportunidad de identificarse a sí mismos con la revolución social y llevarla a la victoria y feliz término.

Las fuerzas armadas en estos seis países están en diferentes etapas de avanzada en la evolución de una institución altamente política a otra que es políticamente neutral. El Brasil y Ecuador aparecen estar en el medio de esas etapas de avanzada; en Argentina, Guatemala, Perú y Venezuela el proceso apenas comienza, los viejos hábitos de militarismo predator están, por ahora, meramente dormidos. En los últimos cuatro países, también las fuerzas armadas sienten la inclinación de quedarse atrás de la revolución popular, y cuando han intervenido para apoyarla, la reacción está más apta a aparecer con mayor rapidez que en el Ecuador o Brasil. En estos cuatro países los oficiales que desean evadir la política están en la misma proporción de fuerza que aquellos que son inclinados a ella. Y aun entre estos últimos, en el Brasil y el Ecuador, aparece un mayor sentido de responsabilidad nacional y social que en Venezuela, Guatemala, Perú y Argentina.

El grupo final está compuesto de seis países en los cuales las fuerzas armadas han completado, casi virtualmente, su transición de factores dominantes en el gobierno a un status profesional, políticamente neutral. Estos países abarcan un tercio de la población y un cuarto del territorio de la América Latina, e incluyen naciones como el enorme México y la diminuta Costa Rica. En este grupo hay naciones blancas, como Chile, Uruguay y Costa Rica; naciones indias, como Bolivia y México; y naciones mestizas como Colombia. Estos seis países son de particular importancia, porque son las más democráticas políticamente, lo cual es a la vez, la causa y el efecto de la ausencia del militarismo. Ellas dan el ejemplo, señalan

el camino para que las otras naciones las sigan en la solución ordenada de sus graves problemas nacionales.

En dos de los países de este grupo en los que la crisis social todavía aguarda solución —Chile y Colombia— las fuerzas armadas ocupan una posición singular, políticamente. Son cuerpos autónomos, dominados y controlados por consagrados oficiales profesionales. Estos no patrocinan la causa de clase alguna ni expresan una filosofía política o social. Las fuerzas armadas de Chile y Colombia no están bajo el control de gobiernos civiles. El representante militar en el gobierno, el Ministro de la Defensa, hace ver bien claramente que el acostumbrado porcentaje (de 20 a 25%) del presupuesto no debe ser reducido. Existe una especie de pacto de caballeros. Si el gobierno permite que las fuerzas armadas funcionen sin molestias y se dediquen a sus propios asuntos, no necesita temer que quieran ejercer el control político.

En cuatro de estos países el problema básico de acercar a las masas al cuerpo político ha sido principalmente resuelto, en México y en Bolivia, por violenta revolución y en Costa Rica y Uruguay por pacífica evolución. Solamente en estos cuatro países de la América Latina puede decirse que las fuerzas armadas están bajo el control de las autoridades civiles. Sólo en México, Bolivia, Costa Rica y Uruguay pueden los presidentes llamar al orden a oficiales erráticos. Aquí los profesionales dominan en las fuerzas armadas, y el militarismo se hace aún más impotente por medio de una fuerza leal de policía y un efectivo contrapeso sindical. La más reveladora indicación del dominio político civil se encuentra en las cifras del presupuesto. En estos países las fuerzas armadas obtienen menos que el acostumbrado 20-25% del presupuesto nacional. En Bolivia reciben solamente el 15%, en México el 12%, en el Uruguay 11% y en Costa Rica, nada.

Cuál ha sido el papel de los ejércitos de la América Latina en los últimos treinta años? En resumen, ellos han sido una fuerza conservadora que ha resistido el cambio político y han mantenido una acción retenedora contra la transformación social. A pesar de la notoriedad de tales oficiales revolucionarios como Perón en la Argentina, Arbenz en Guatemala y los "tenentes" del Brasil, los reformadores militares políticos de Latino América han sido más bien la excepción y no la regla desde 1930. De los 56 oficiales de carrera que han llegado al sillón presidencial en los varios países de la América Latina en los últimos treinta años solamente cerca de una cuarta parte de ellos pueden clasificarse como proponentes activos de cambios sociales y reformas fundamentales. Los reformadores militares, como todos los otros reformadores, pueden prosperar solamente en ambientes propicios locales y mundiales. En la década de 1930, durante la crisis económica mundial, estuvieron especialmente activos. Enseguida la tendencia se moderó notablemente con la Segunda Guerra Mundial, después de la cual hubo una breve ráfaga de actividad reformista y liberal respaldada por militares. Pero desde Corea, la tendencia en Latino América ha sido de que las fuerzas armadas se mantengan alejadas de toda suerte de radicalismo social. No existen hoy regímenes de reforma militar en el escenario político de la América Latina a no ser que se cuente el ejército revolucionario de la Cuba de Fidel Castro como tal.